

—¡Ahí abajo no hay nadie! —gritó Alberto girándose y mirando al hombre que seguía en la misma posición y se llevaba una vez más la taza a los labios. ¡Ahí abajo no hay nada! ¡Todo son imaginaciones tuyas!

El hombre se encogió de hombros.

—Tú mismo, yo ya te lo he advertido —insistió.

Alberto negó con la cabeza, desesperado, y reanudó la marcha. Dos pasos más en la oscuridad. Y luego otros dos. Tanteó con la mano para ver si encontraba la barandilla de la escalera, pero hasta donde llegaba el brazo solo había vacío. Avanzó unos pasos más en la posición que adoptaría un sonámbulo de viñeta de cómic y tropezó con lo que debía de ser una botella vacía. Se giró todavía una vez más: lejos quedaba el débil resplandor de las velas y el hombre sentado en el suelo, que lo miraba con la taza en las manos. ¿Y si se había equivocado de dirección? ¿Y si no iba hacia la escalera? Cuando se cansó de mover los brazos como si fueran aspas de un molino, desalentado y tembloroso, bajó la cabeza y no pudo controlar un gemido, procurando que fuera silencioso, para que el

hombre no se percatara de su derrota. Pero este se limitó a levantarse y se acercó a Alberto con la vela en la mano.

—Yo no soy como él —dijo el hombre, que ya estaba a su lado y la densa penumbra todavía lo hacía más repulsivo—. Yo no quiero que sufras. Te ayudaré a salir de aquí, pero antes tienes que prometerme una cosa: vivo solo para vengarme, quiero destruir al monstruo y me temo que solo no voy a poder hacerlo. Lo he estado esperando y parece ser que me rehuye, o que me tiene miedo, no lo sé. Sabe que estoy aquí, en el Paraíso, y que espero para matarle. Tal vez por eso me respeta. Se ha acostumbrado a mi presencia; a lo mejor incluso piensa que le hago compañía. Pero yo no concibo el perdón. Pagará por todo lo que me hizo.

Alberto sentía muy cerca el desagradable aliento del hombre, que acercaba su boca al oído para decirle todo aquello en una especie de susurro, con la voz muy baja, como si temiera que alguien pudiera escucharle.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó el chico, también con un hilo de voz.

Intentó hacer los deberes de matemáticas que tenía para el lunes, pero no había manera de concentrarse. Daba vueltas y más vueltas al recuerdo que tenía del hombre de la cicatriz. Lo había visto dos veces y le resultaba sorprendente que pudiera tener la edad indicada en el DNI. Claro que habían pasado los años, y que el viejo estaba enfermo, y el hambre y el alcohol le habían dejado sin dientes y con la cara chupada. En la fotografía ya estaba delgado y parecía pobre, pero el paso de los años había devastado completamente aquel rostro. Siempre y cuando Antonio Esturo fuera realmente el hombre de Can Serra.

¿Tenía que llevar la cartera a la policía? ¿Tenía que confesar que la había encontrado y que se la había llevado? ¿Serviría para saber dónde estaban los desaparecidos? Era incapaz de concentrarse en los ejercicios del libro.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Alberto, tienes visita —escuchó la voz de su madre.

No había oído ni el timbre del portero automático ni el del piso. Se incorporó y abrió la puerta. Allí estaba Quim Serrahima, sonriente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alberto.

—Mi madre me ha dicho que esta mañana has pasado por casa.

Alberto lo invitó a sentarse en la cama.

—Quería saber si había novedades.

—No. No han aparecido. Nadie sabe dónde están.

—¿Has vuelto a hablar con la policía? —preguntó Alberto.

—Sí. Han llamado esta mañana. Estaban en casa de Román, hablando con su madre, que está desesperada. Ayer por la noche pusieron la denuncia —explicó Quim.

—¿Y por qué han llamado?

—Querían saber cosas de Román. Su madre les ha dicho que yo era su mejor amigo. Y además, la moto era mía.

—¿Qué querían exactamente?

—Pues saber si tenían problemas con alguien, o si conocían gente de otros pueblos. También me han preguntado si fumaban porros o tomaban pastillas. Ese tipo de cosas.

—¿Y les has dicho la verdad?